

ARTE

Jorge Nava, del tremendismo a la paradójica ironía de los seres vivos

Su exposición tiene algo de Carnaval, algo de Halloween y algo de la celebración mexicana de la muerte



RUBÉN SUÁREZ

Resulta de interés poner en relación la presente exposición de Jorge Nava, gijonés y nacido en 1980, con una anterior que tuvo lugar en las salas del gijonés Antiguo Instituto hace un par de años, algún tiempo después de que en 2007 le fuera concedido el premio «Asturias Joven» que concede la Muestra de Artes Plásticas del Principado. Aquella muestra se titulaba «El sótano» y cualquier cosa que este título pudiera evocar referida a la literatura del terror podría adecuarse al espectáculo de pintura más bien siniestro, entre lo fantástico, lo macabro y lo extravagante, que entonces nos mostró este joven artista en su densa y caótica descripción de maléfica escenografía aunque, eso sí, formalmente expresadas dentro de dicha temática con indudable imaginación fabuladora y buenos fundamentos plásticos.

Aunque se puede decir ahora que Jorge Nava persiste en un universo creativo lo suficientemente afin para resultar coherente, lo cierto es que estas nuevas imágenes pertenecen a un orden conceptual y estético bastante diferente. Como si su pintura, mutatis mutandi, apostase ahora más por lo simbólico y lo irónico que por lo directamente tremendista y el exceso en la comunicación de sus personales mitologías dejase paso a más sutiles aunque también perturbadoras asociaciones en sus últimos significados.

Porque, en el curso de esta metamorfosis, Nava ha echado mano de recursos pictóricos que vienen tanto del pop como de una surrealidad más formulada. Estas circunstancias son aplicables sobre todo a la serie de flores, pintadas en grandes formatos, que por otra parte es la propuesta más destacada de la exposición. Estas flores, en exuberante y vigorosa sensación de acelerado crecimiento, que tienen cierta apariencia y tacto de valla publicitaria, dan sin embargo la sensación de no ser lo que parecen, no hay «joie de vivre» en ellas, sino más bien algo insidioso, algo de asechanza en su atracción. Parecen pintadas con una sofisticada fórmula kitsch, una seducción en el filo de lo hortera que las hace particularmente taimadas. Intencionalmente o no, tan sólidas, cargadas de colores y adobadas de rastros de goteo de materia, dan la impresión de no ser lo que parecen y sus aromas opresora mixtura de sensualidad y muerte. Como «flores del mal», en referencia baudelairiana que aparece en uno de los papeles expuestos en la exposición.



«Hombre que habla solo».

Jorge Nava. «Seres vivos».
Pinturas

Galería Guillermina Caicoya, Oviedo.
Hasta el 27 de febrero.

Porque esta serie se extiende en otras pinturas que completan este equívoco conjunto de imágenes, con especial atención a los papeles pegados en la pared como en una instalación –algunos recuerdan las inscripciones que aparecen en «el lugar del crimen»–, los cuadros de las calaveras o los muy sugestivos de sardónicos esqueletos sandungueros, como salidos del armario para demostrar que no están muertos, sino que andan de parranda. En definitiva, la exposición en su conjunto tiene algo de Carnaval, tan apropiado en estas fechas; algo de Halloween y algo de celebración de la muerte mexicana. Un mestizaje que juega irónicamente con la vida y la muerte en subversión de sentidos dentro del peculiar y ambiguo talento artístico de Jorge Nava, que lleva su ironía a titular su muestra «Seres vivos». Podría ser la noche de los muertos vivientes o también, por parte del artista, un medio original de crear personajes e interesantes superficies de pintura.

Las dos caras divididas de Werner Petzold

El artista alemán muestra en AvaArt la gran serie «Grauzone», alejada de su expresionismo abstracto



JOSÉ LUIS ARGÜELLES

¿Cuántos pintores conviven en la paleta de Werner Petzold? Es la pregunta que nos asalta, perentoria, después de ver la exposición que la nueva sala gijonesa AvaArt dedica al artista alemán. En la primera planta de la galería está el autor que encuentra en algunos de los planteamientos del expresionismo abstracto (la disolución de las estructuras y el estallido del color) la gramática de su lenguaje. Son obras de una gran belleza formal, acrílicas en los que aflora la quiebra de la relación entre los rojos, los verdes o los azules y la descomposición de unos volúmenes que remiten a un orden ya imposible después del agotamiento de las fórmulas estéticas añorantes de la estabilidad que han ofrecido, durante tanto tiempo, la perspectiva y la geometría.

Están bien, incluso muy bien. Pero la verdadera sorpresa, las piezas que hacen tan interesante y aconsejable esta muestra, guarda al espectador sólo unos peldaños más abajo, en la otra planta de AvaArt. Y allí se instalan como perturbadoras estampas de un mundo secreto o arrancado de uno de los círculos infernales de Dante. Hablamos de la serie titulada genéricamente «Grauzone» («La zona gris»), con la que Werner Petzold se nos revela contundentemente como un pintor muy distinto al anterior. De ahí la interrogación con la que abrimos este texto. Son estos cuadros los de alguien que retoma los caminos de la figuración para llevar su pintura hasta algunos de los sótanos más oscuros –y hasta truculentos– de la condición humana.

Los óleos de «Grauzone», simplemente numerosos y en los que domina la atmós-



Tres fotogramas de la película de animación «El niño y el basilisco».

Verdugo de infancia

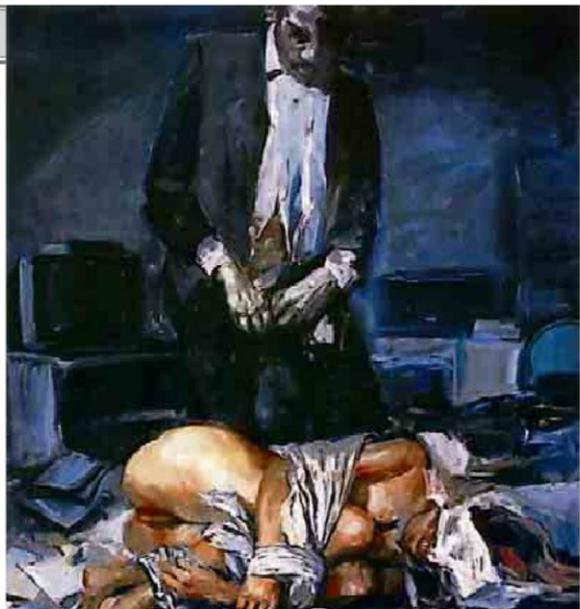
Aute dibuja en *El niño y el basilisco*, cortometraje de animación, un viaje a contracorriente hacia la pérdida de la inocencia y la mutilación de las esperanzas

EUGENIO FUENTES

Cuenta Luis Eduardo Aute que la génesis de *El niño y el basilisco* está en una foto que en 2010 le hizo su hija en el malecón de La Habana. Una de esas fotos de turista mirando al mar con los pies colgando. Ahí nació el chispazo, porque esa fotografía le recordó otra que, mucho más de medio siglo atrás, le hiciera su padre en otro malecón, el de Manila, cuando tan sólo tenía tres años. De regreso a España, pudo comparar las dos imágenes y comprobó que estaban hechas desde puntos de mira casi idénticos. Las fundió en una tercera con ayuda del todopoderoso programa de manipulación gráfica y así se hizo el milagro: el Aute al borde de los 70 años comparte la piedra húmeda con su infantil antecesor. Los dos mirando al

mar. El uno sin saber siquiera que tiene toda la vida por delante. El otro, demasiado consciente de las heridas empeñadas en el trayecto.

Luis Eduardo Aute (Manila, 1943) tiene, como saben quienes han seguido su trayectoria creativa, un alma que se escinde entre el hacedor de canciones y el artista gráfico. Así que, mientras maduraba una nueva pieza para un nuevo disco, empezó a jugar con sus lápices en torno a la manipulada instantánea del doble malecón. Dibujó a niño y adulto de frente. Los hizo mirarse, primero con cautela, más tarde sin escudos. Y de ese juego de miradas, y del reflejo de cada uno en los ojos del otro, nació un largo diálogo sin palabras. Una conversación en símbolos que, a lo largo de unos 300 dibujos, ilustra el viaje vital del Aute niño a lomos del Aute ba-

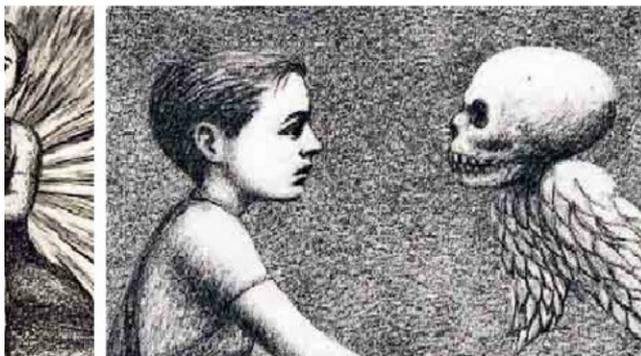


«Grauzone 4», óleo de 60 por 80 centímetros, pintado en 2010.

fera grisácea a que alude el título de esta «suite» de seres terribles y sufrientes, brotan de una tradición que va de Goya a Francis Bacon, por dar sólo dos nombres de quienes se han atrevido a pintar lo que nuestras educadas miradas repudian. Werner Petzold desnuda los abismos de sus pesadillas, aunque algunas de ellas nos remitan directamente a la diaria página de violencia y muerte de los periódicos. Y lo hace sin concesiones, desde ese

inestable espacio en el que el arte es libertad, más que alegato o denuncia.

Nacido en Leipzig en 1940, Werner Petzold fue un destacado muralista de la RDA que protagonizó una rocambolesca fuga de la extinta Alemania comunista, en bañador y a nado por el Danubio. Después de viajar a Estados Unidos en 1985, se embarcó en el expresionismo abstracto, aunque con «Grauzone» da, a partir de 2010, con un mundo mucho más inquietante.



silisco, serpiente alada y coronada en cresta que, entre lágrimas de fuego, se desliza a contracorriente por un pasado que irremisiblemente los conduce a ambos hacia un punto de fuga y fracaso donde ya no podrán ser más que uno. El que, por otra parte, ya no será más.

Esos tres centenares de dibujos, estaciones de una interpretación simbólica de la pérdida de la inocencia y la mutilación de las esperanzas, son el material en el que se sustenta el DVD de animación *El niño y el basilisco*, que la editorial Demipage acaba de publicar en unión de un cuidadísimo libro que sintetiza la historia mediante una selección de imágenes capitales. El cinéfilo Aute, que hace más de una década ya diera sobradas muestras de su talento para la animación con *Un perro llamado Dolor* (2001), sabe que hay vida más allá de las magníficas películas de animación de Pixar y otros grandes estudios. Lo suyo, pues, es una propuesta humilde, de poeta, artesanal, pero por eso mismo dotada de un aliento muy, muy largo.

Contemplar los introspectivos veinte minutos de imágenes de *El niño y el basilisco*, envueltos en una hipnótica banda sonora que se resuelve en la canción «El

niño que miraba el mar», es una experiencia que puede repetirse una y otra vez sin cansarse. El espectador se demora con placer inquieto en secuencias como el bombardeo de Manila, se interroga a sí mismo ante las miradas cruzadas de niño y adulto—ecos especulares del amanecer y el ocaso—, se reconoce a su pesar en la transformación del hombre en basilisco y, a la postre, se funde en el largo viaje del niño a lomos de la bestia, un azaroso recorrido por cielos plagados de señales de tiempo y muerte que conduce sin remedio a un autofágico baño de luz y eternidad.

Y al acabar, siempre tiene la posibilidad de buscar y pincharse en los oídos el disco *El niño que miraba el mar*, cuyas canciones fueron creciendo a medida que cobraba cuerpo la película, y cuyos textos muestran otra manera de contar la historia que acaba de desvanecerse en la pantalla: «Y daría lo vivido / por sentarme a su costado / para verme en su futuro / desde todo mi pasado. // Y mirándole a los ojos / preguntarle enmismado / si descubre a su verdugo / en mis ojos reflejado / mientras él me ve mirar / a ese niño que miraba al mar». Siempre con la inconfundible cadencia cantora de Aute.

EXPOSICIONES

OVIEDO

Colección permanente

Museo de Bellas Artes de Asturias. Martes a viernes, de 10.30 a 14.00 y de 16.30 a 20.30 horas. Sábados, de 11.30 a 14.00 y de 17.00 a 20.00. Domingos y festivos, de 11.30 a 14.30 horas.

Inéditos en el almacén

Lola Orato-Espacio de Arte (Oscura, 9). Hasta el 28 de febrero. De martes a miércoles, de 18 a 21 horas y de miércoles a sábado, de 11 a 14 y de 18 a 21 horas. Domingos, de 11 a 14 horas.

José Benítez

«Pintura»

Faustino Ruiz de la Peña

«Viescas y jardines»

Anaïs Lelièvre

«Ad nauseam»

Galería Texu (Postigo, 13). Hasta el 21 de febrero. De lunes a viernes, de 11.00 a 13.00 y de 17.00 a 20.00 horas. Sábados, de 12.00 a 14.00 horas.

Favila

«Primeros términos»

Galería Murillo (Marqués de Pidal, 17). Hasta el 23 de febrero. De 17 a 21.30 horas.

Colectiva 2013

«Fondos Dasto 2013»

Galería Dasto (San Bernabé, 15). De lunes a viernes, 17 a 21 horas.

Jorge Nava

«Seres vivos»

Galería Guillermina Caicoya (Asturias, 12). Hasta el 27 de febrero. De lunes a viernes, de 10.30 a 14.00 y de 17.00 a 21.00 horas. Sábados, de 12.00 a 14.00 y de 18.00 a 21.00 horas.

XLIII Certamen nacional de Arte de Luarca

Sala Borrón (General Yagüe, 5). Hasta el 28 de febrero. De lunes a viernes, de 11.30 a 14.30 horas y de 18.00 a 21.00 horas. Sábados, de 11.30 a 14.30 horas.

Luis Alberto Esteban Pérez

Sala del BBVA (C/ San Francisco, 2). Hasta el 15 de febrero. De lunes a sábado, de 18 a 21 horas y de 12 a 14 los domingos.

Nicola Sene

Sala de arte Alfara (Rafael Gallego, 16). Hasta el 2 de marzo.

Rao Jínzhon, Javier Ruiz y Antonio Palacios

«Visiones»

Espacio de Arte Cervantes (Cervantes, 6). Hasta el 5 de marzo. De martes a sábado de 11.30 a 14 y de 18 a 21 horas.

A la luz del Calixtino/ El Códice de Santiago

Archivo Histórico de Asturias (Arcipreste de Hita, s/n). Hasta el 23 de febrero. De lunes a viernes, de 9 a 14 y de 16 a 19 horas.

GLJÓN

Tatjana Schlör

«Welt»

Mediadvanced Galería de Arte (Ezcurdia, 8). Hasta el 15 de febrero. De 09.00 a 14.00 y de 15.30 a 19.30 horas.

Amadeo Gabino

«Retrospectiva: 1962-2003»



«La Rodrigo», de Faustino Ruiz de la Peña.

Van Dyck (Menéndez Valdés, 21). Hasta el 12 de marzo. De lunes a sábados, de 11.30 a 14.00 horas y de 17.30 a 21.30 horas.

Mariana Bernardo

«El sueño del corazón produce monstruos»

El Arte de lo Imposible (Jacobo Olañeta, 10). Hasta el 18 de febrero. De lunes a sábados, de 11.00 a 14.00 y de 18.00 a 21.00 horas.

Ricardo Mojardín

«Pasajeros - Passengers»

Galería Gema Llamazares (calle Instituto, 23). Hasta el 23 de febrero. De lunes a sábados, de 11.30 a 14.00 horas y de 17.30 a 21.30 horas.

Alberto García Alix

Centro de Cultura Antiguo Instituto. Sala 2 (Jovellanos, 21). Hasta el 10 de febrero. De lunes a viernes, de 18.00 a 21.00 horas. Sábados, de 11.00 a 14.00 y de 18.00 a 21.00 horas. Domingos y festivos, de 11.00 a 14.00 horas.

José Paredes

«Flores»

Galería Cornión (Calle de la Merced, 45). Hasta el 16 de marzo. Mañanas de 10 a 13.30 horas y tardes de 17.00 a 20 horas. Sábados tarde y festivos, cerrada.

Blas (Francisco Javier Toro Martín)

«Tacones cercanos»

Sala LAi (Rosario, 21-Barrio de la Soledad, Cimadevilla).

Werner Petzold

Espacio AvaArt (San Bernardo, 73). Hasta el 9 de marzo. Lunes de 16.30 a 20.30. Martes a sábado, de 11.30 a 14 y de 16.30 a 20.30 horas.

Toño Velasco

«Ensayo sobre la burla»

Museo Barjola (Trinidad, 17). De martes a sábado: Mañanas 11.30 a 13.30 y tardes de 17.00 a 20.00h. Domingos y festivos de 12.00 a 14.00h.

AVILÉS

Rodrigo Martín

«Last gafe»

Galería Octógono (Rívero, 46). Hasta el 16 de febrero. De lunes a viernes de 10.00 a 13.30 h y de 17.00 a 20.30 horas.

Exposición conmemorativa

«40.º aniversario. 1973-2013»

Galería Amaga (José Manuel Pedregal, 4). Hasta el 11 de marzo. De Lunes a viernes, de 10.15 a 13.30 y de 17.00 a 20.45 horas. Sábados de 10.30 a 13.30 horas.

CANDÁS

Javier del Río

«Esculturas»

Museo Antón (plaza del Cueto). Hasta el 17 de marzo. De martes a viernes, de 17.30 a 19.30 horas. Sábados y domingos, de 12.00 a 14.00 y de 17.30 a 19.30 horas.